

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

ZONA  
LIBRE

**La vida después  
del colegio  
y otros cuentos**

Oates, Joyce Carol, 1938-

La vida después del colegio y otros cuentos / Joyce Carol Oates;

traducción Juan Manuel Pombo Abondano. -- Bogotá: Educactiva S. A. S. ,2019

256 p. ; 21 cm. -- (Zona libre)

1. Cuentos juveniles estadounidenses 2. Adolescencia - Cuentos juveniles 3. Suspense - Cuentos juveniles 4. Humor Negro - Cuentos juveniles I. Pombo Abondano, Juan Manuel, tr. II. Tit. II. Serie.

I813.5 cd 19 ed.

AJB5968

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

*La vida después del colegio y otros cuentos*

Título original en inglés:

SMALL AVALANCHES AND OTHER STORIES

© The Ontario Review, Inc., 2003

Publicado en español de acuerdo con Harper Collins Children's Books,  
una división de Harper Collins Publishers, Inc.

© Joyce Carol Oates, 2005

© Educactiva S. A. S., 2005, Bogotá, Colombia.

Carrera 11A N.º 98-50 Ofic. 501. Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin  
permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación

“N”/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: Educactiva S. A. S. , 2005.

Segunda edición: Educactiva S. A. S. , 2019.

Traducción: Juan Manuel Pombo Abondano.

Edición: Cristina Puerta Duviau.

Diagramación y armada: Blanca Villalba P.

Diseño de cubierta: Alejandro Amaya.

Impreso por Carvajal Soluciones de Comunicación S. A. S.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

61087715

ISBN: 978-958-00-1523-9



# **La vida después del colegio y otros cuentos**

Joyce Carol Oates

TRADUCCIÓN

Juan Manuel Pombo Abondano



[www.normainfantilyjuvenil.com/co](http://www.normainfantilyjuvenil.com/co)



## Contenido

|                                                        |     |
|--------------------------------------------------------|-----|
| Balín .....                                            | 9   |
| Por qué no te vienes a vivir conmigo, ya es hora ..... | 31  |
| La vida después del colegio .....                      | 57  |
| Capricornio .....                                      | 91  |
| La visita.....                                         | 137 |
| La modelo .....                                        | 165 |



# Balín

**La soledad** agudiza los sentidos. En este nuevo lugar, a donde sus padres habían venido por razones de trabajo, la niña dormía mal y todas las mañanas al alba, a veces incluso antes del alba, la despertaba algún ruido extraño y cercano: gritos o alguien cantando muy fuerte o los ladridos repetitivos e histéricos de un perro. La niña permanecía en la cama perfectamente inmóvil, aguantando la respiración y sin siquiera pensar mientras escuchaba con atención las aristas ásperas y serradas de los ruidos, la textura herrumbrosa de la tierra tachonada de mica... Y sin embargo el ruido también tenía algo de humedad, algo de ansiedad, un desvergonzado ritmo de percusión que no podía provenir de una máquina sino de algo vivo. El ruido la llamaba, tiraba de sus entrañas. Y la aterraba que llegara a meterse en sus sueños.

Poco a poco, con la llegada de la mañana, otros ruidos empezaban a intervenir. Camiones diésel en la autopista camino a los barrios de las afueras, al oriente; equipos de construcción levantando nuevos hogares en el vecindario; buldóceres, motosierras, camiones de la basura, bombarderos de propulsión a chorro de la base de la Fuerza Aérea en Joshua Tree, donde apenas empieza el desierto. Dentro de la casa de la niña, sin embargo, lo más probable es que el silencio se prolongara de manera ininterrumpida, ya que ni su madre ni su padre creían en las noticias de radio o televisión, ni siquiera en la cháchara trivial que suele haber durante aquella hora crítica antes de salir para el trabajo; de manera que, para cuando la niña les preguntó por primera y única vez que si habían escuchado aquel ruido extraño, más bien lejano, como de alguien pidiendo ayuda, el ruido ya había menguado o se había ahogado en medio de los otros ruidos. Y así, su madre, tras escuchar o hacer que escuchaba durante un período de tal vez unos cinco segundos, le replicó que no oía nada fuera de lo normal, y su padre, irritado con la pregunta pero igual haciendo un esfuerzo por ser cortés, simplemente sonrió y negó con la cabeza haber oído algo, sin siquiera haber hecho un esfuerzo por escuchar. Como siempre, su cabeza estaba en otra parte, lugar al que nadie, ni siquiera su esposa, estaba en realidad invitado.

Una mañana, en pleno verano, cuando la familia ya tenía más o menos un mes de vivir en la nueva casa, la niña volvió a escuchar el ruido extraño y resolvió rastrear su origen. Descalza y en pijama, bajó las escaleras y se detuvo de pie sobre la terraza de concreto desnudo en la parte posterior de la casa a escuchar con suma atención, hasta que logró establecer que el ruido provenía de algún lugar ubicado más o menos a las once de la mañana, según dirían las manecillas de un reloj desde el punto en donde ella estaba ubicada. Y no podía estar a más de un kilómetro y medio de distancia, tal vez menos. Y el lugar estaba hacia el nororiente, ya que era en esa dirección por donde el cielo empezaba a enrojecerse, iluminándose con rapidez como si fuera un ojo que recién se abriera detrás de las pardas laderas de las montañas de San Bernardino. Y esta mañana en particular el ruido era un descarado y doloroso sollozo que le crispaba los nervios a la niña, hasta tal punto que pensó: “¡En realidad no quiero saber de qué se trata!”.

Sus padres salieron a trabajar a las ocho en punto: aunque no habían sido asignados al mismo proyecto, sí trabajaban ambos en el mismo complejo de edificios del gobierno que en el lugar todo el mundo conocía como el Instituto y por tanto se desplazaban juntos en el mismo auto. Muy poco después, la niña, en bicicleta, dejaba atrás los lotes aún en construcción de la urba-

nización, avanzando a lo largo de las entraditas pavimentadas de las casas de estuco de una sola planta, con teja de barro al estilo español y con sus jardines desprovistos de grama, a los cuales parecían mantener en su sitio unos arbolitos y arbustos esmirriados; casas virtualmente idénticas a la que su padre había comprado para ellos, excepto por el color, la ubicación del garaje y el grado de novedad o falta de acabados, hasta cuando, muy cerca de la autopista, que ahora rugía al paso de camiones diésel a todo dar, ya sólo pudo escuchar el ruido a intervalos, a veces con claridad y luego no, como una estación de radio mal sintonizada; pero sabía que iba en la dirección correcta.

Una vez que dejó atrás el conjunto residencial San Jacinto y tras un poco de dificultad para cruzar la agitada autopista, pedaleó más o menos medio kilómetro siguiendo la berma hasta que llegó a una carretera desatrapada por la que el instinto le indicó que debía girar: llevaba varios minutos sin oír el ruido, pero igual adivinó que esa era la dirección de donde provenía. A su izquierda había una profunda acequia de irrigación cuyas aguas salobres parecían brillar de mala gana; a su derecha, unas casuchas precarias y chabolas cubiertas de cartón alquitranado; era un lugar en el que parecía de mala educación quedarse mirando por demasiado tiempo, con sus patios traseros resecos y cubiertos de desechos, carcasas de furgonetas y de automóviles vie-

jos abandonados en lotes y niños pequeños jugando sobre la tierra y el mugre completamente ajenos a su paso. Aunque aún era temprano, el aire seco del desierto se calentaba minuto a minuto. A diferencia de la luz a la que la niña se había acostumbrado en un lugar a cuatro mil kilómetros al oriente de aquí, una luz filtrada y difuminada por un aire contaminado —esta luz parecía emanar blanquecina y resplandeciente desde todos los puntos a la redonda— se reflejaba en la tierra mineral haciendo chispas casi en sus ojos. La niña sabía que el mundo a través del cual se movía no estaba compuesto más que de ficciones estructurales (una suerte de ideogramas, habría dicho su padre); ya que allí en donde ella veía luz, color, textura, figuras sólidas, es más, justo allí en donde ella creía sentir la solidez de las figuras y se sentía ella misma sólida, en realidad no había más que una cascada de átomos y moléculas en perpetuo cambio y movimiento, tan insustanciales como un jeroglífico en la pantalla de un computador. Pero, de alguna rara y misteriosa manera, tales átomos y moléculas estaban ligados a los ritmos del cerebro humano; con todo y a pesar de todo lo que la niña sabía, a pesar de todo lo que la habían entrenado para que supiera y conociera, de alguna manera la niña no terminaba de creérselo. Estiras el brazo y la mano para tocar un mundo fantasmal, y tu mano lo atraviesa..., pero resulta que no es así, que no lo atraviesa. Tal era el

pequeño pero obstinado hecho concreto que cualquier bebé podría afirmar y comprobar, pero igual, la niña, que ya no era ningún bebé, ya no se atrevía a afirmarlo.

Y se escuchó de nuevo el ruido y esta vez pudo descifrar a ciencia cierta de qué se trataba: el ladrido de un perro.

¡El ladrido de un perro!... Algo tan común y corriente después de todo.

Pero ladraba con una urgencia especial. Un ruido como de palabras en medio de la confusión de una pesadilla cuando, a pesar de que las escuchamos, no logramos entenderlas... O mejor, las entendemos pero las desconocemos.

La niña pedaleó hasta el final del camino, un callejón sin salida, atraída por el perro. Y allí, en el patio al frente de una casa de tablas de madera, levantada sobre un miserable lote pelado lleno de desperdicios humanos y heces de perro, un perro, que bien habría podido ser pastor alemán o uno de esos que tiran trineos o, mejor aún, tal vez una mezcla de los dos, estaba amarrado a una cadena a su vez atada a una estaca metálica: tiraba de la cadena y ladraba como loco a la niña que se había acercado a mirarlo. ¡Así que esa era la cosa! ¡Eso! Era un perro grueso, poco agraciado y obviamente viejo; la piel canosa en las puntas y cubierta de polvo y mugre, ojos desorbitados y legañosos, hocico baboso y afilados dientes amarillentos que ahora pelaba con ferocidad.

Alguna vez debió ser un perro hermoso, pero ahora sufría de una sarna grave, sobre todo alrededor de las orejas, y tenía algo muy rojo y descarnado y horrible entorno al cuello. El tubo metálico del que estaba amarrada la cadena había sido clavado al lado del primer escalón semipodrido de la entrada de la casa y, en la circunferencia desesperada que demarcaba la cadena de un radio de tres metros, el perro había horadado la tierra con sus uñas: la prueba fehaciente de innumerables semanas en diurno y nocturno cautiverio.

—¡Perro bonito! ¡Perrito bueno! ¡Nadie te va a hacer daño! —le dijo la niña en voz no muy alta.

La verdad es que temía que el perro se fuera a soltar de la cadena y que la atacara. Una distancia de no más de cinco o seis metros los separaba y todo parecía indicar que no había nadie dentro de la casa: ningún automóvil en la entrada surcada de huellas, ningún rostro en alguna de las ventanas.

La niña recordó una frase de su padre: “Con seguridad la intersección de algunos conjuntos es un vacío”.

La niña observaba, el perro ladraba. Si bien en la distancia sus ladridos habían tenido un dejo casi mecánico, de cerca definitivamente estaban vivos como un sonido que se retorció y gemía en el aire, oleada tras oleada de un habla indescifrable que golpeaba y luego cubría a la niña, zarandeándola y sacudiéndola con violencia. Una inmolación de pura luz y sonido estaba a

punto de reventarle en la cabeza, pero la niña no podía alejarse... De manera que allí permaneció encorvada, a horcajadas sobre su bicicleta, cubriéndose con las manos los oídos.

Había rastreado el misterio hasta su origen, pero allí, en su origen, el misterio se había acrecentado. ¿Cómo era posible que los dueños de un perro, que supuestamente lo querían o que por lo menos le deseaban bien, lo amarraran de manera tan despiadada y luego se fueran abandonándolo al olvido? ¿Abandonándolo a su miseria animal? ¿Acaso ladraría así, con tanta furia, durante horas y horas todo el santo día? ¿Ante la menor provocación? ¿Y acaso los vecinos no lo oían o no les importaba o no se tomaban la molestia de sentar su protesta? La niña sabía muy bien que en un barrio residencial normal la policía sería llamada en el acto si un perro empezaba a ladrar tan fuerte y de manera tan continua; sus padres en particular no lo habrían tolerado. Sin embargo, un surco de palmeras mustias separaba esta casa de la vecina y quizá, en estos vecindarios, eso bastaba para que nadie alcanzara a escucharlo. En el amplio radio de quienes en principio tenían que estar lo suficientemente cerca para oírlo, debía haber mucha gente... y, sin embargo, la niña parecía ser la única que escuchaba.

“¿Qué podría significar —se preguntaba la niña— que una criatura viva, animal o humana, hiciera seme-

jante ruido? ¿Y que a nadie le importara lo suficiente como para intervenir?”.

El color de la pequeña casa de una planta del dueño o dueños del perro se había reducido a un gris neutro devastado por la intemperie. Las persianas estaban cerradas tras las ventanas y algunos de los tablones de madera colgaban sueltos. Ciertamente, la casa estaba en un estado bastante deplorable, pero a lo largo del camino las había visto mucho peores. El patio estaba lleno de basura, particularmente en la parte de atrás, como si usaran ese espacio de vertedero: cartones, envolturas de comida, botellas, latas (sobre todo de cerveza) y, sin embargo, había varias sillas de lona a rayas de aspecto nuevo y colores brillantes a la sombra de las palmeras y un asador portátil de aluminio tan espléndido como cualquiera de los que se podía ver en el conjunto de San Jacinto.

De pronto, como exhausto, el perro se echó sobre la tierra. Jadeaba con fuerza. No dejó de ladrar, pero ahora lo hacía en breves espasmos, como si tosiera, con menos entusiasmo; de alguna rara manera su inteligencia, no importa qué tan precaria o suspicaz, debió indicarle que la niña no era ninguna amenaza.

—¡Perro bonito! —repitió la niña, animándose.

En efecto era un perro viejo y definitivamente en mal estado de salud. Le rodaban babas por la larga lengua que colgaba húmeda; los músculos de los hombros